

MEDIODIA

REVISTA DE SEVILLA

Dirección: SAN VICENTE, 22 ~ Director: EDUARDO LLOSENT Y MARAÑÓN ~ Administración: ESCUDEROS, 3

~ AÑO I ~

~ AGOSTO DE 1926 ~

~ NÚM. 3 ~

De "La locura de un erudito" a la locura de un novelista

Recuerdo universitario.—«Cuando yo comenzaba mi vida estudiantil—a caza de la nota y del título con el reclamo de la ciencia oficial—...» aprendí que la primera lección en los cuestionarios, la famosa que dice: «Definición de la asignatura.—Etimología, acepción vulgar y concepto científico.—Su importancia.—Relaciones con otras ciencias.—Plan»—, justamente debería ser la última, como índice de consecuencias, zumo de lecciones y vértice de los recorridos. Desde aquella fecha leo primero, en los libros, el libro y luego el prólogo, advertencia, introducción. Cada día más escaldado, como el gato del dicho, termino por esos folios de paginación romana que escriben autores y prologuistas, salido del horno el pastel. Y pues primeramente se redacta la obra y después el prólogo, la lectura debe seguir el camino de la gestación.

Sin embargo, no he atendido, en esta lección, a mi criterio cumplidamente. Llegué a la «Advertencia» de José Más, en «La locura de un erudito» sin apurar los dos

volúmenes de la «novela museo». Ni novela, ni museo.

Frase consoladora.—La del principio: «con la publicación de "La locura de un erudito" ciérrase, por ahora, mi serie de "novelas sevillanas". ¡Con cuánto gozo estampo aquí estas líneas! Mira la bondad de mi gramática parda: no se puede estimar la gratitud de la confianza inicial, sin haber paseado por el interior del libro.

Acuerda, con un crítico, que Sevilla no cabe en una novela. Dice que "La locura de un erudito" es una novela y algo más: «guía estilizada de sus monumentos—refiriéndose a Sevilla—y de sus joyas pictóricas, escultóricas y arqueológicas».

Pregunta del autor: «¿Tendrá éxito?» «¿No lo tendrá?» Se dirige a la crítica y al lector.

Responde el lector: "La locura de un erudito" no es novela. Pero tiene dentro una novela. Sus tramos fueron separados por el autor para meter incrustaciones descriptivas de monumentos, y críticas de sevillanos.—Esta será la guía y el museo.

Primero. La fábula es vulgar, sin calor de interés, fiando su sevillanismo a que D. Pablo Lucena, el protagonista, está empadronado en el Barrio de Santa Cruz. Llega el minuto del amor con inseguridad literaria, falto de lógica. Esa lógica *sui géneris* de lo erótico. Que el hijo de Venus sabe a ojos vendados, por qué cómo y adónde apunta sus dardos.

Segundo. Los monumentos. Ver para aprender. Sevilla mudéjar se ha perdido. El arco de herradura, la estalactita, el arrabá, todo lo que sepa a árabe, árabe es. ¡Y el encanto de Sevilla, era mudéjar! Esta deformación visual del novelista tiene una elevada explicación de carácter religioso. Más, al arremeter contra curas, frailes y hombres del medievo, se mueve con el gracioso enfado de un liberalote del diecinueve. ¡Sevilla mudéjar! Siempre creímos que este momento histórico y artístico era el arranque de la cura de nuestro espíritu por enmedio de los siglos, y el fondo de nuestra psicología de hoy. Se parte el hilo de las tres emociones: Córdoba, Sevilla, Granada.

Lo que dijimos de los curas, atañe a un lenguaje de crítica en desuso. Como el empleado al juzgar Más la nefasta actuación del municipio hispalense en materia de conservación artística. «Acémilas edilicias» dice a los capitulares de la legislatura que acordó no recuerdo cual derribo. Este y otros ataques, muy justos en espíritu: en la forma se le vá toda la fuerza. Cosas tan serias no pueden zaherirse con vocabulario de gaceti-lla de reportero meritorio.

Tercero. Los tipos. Ha sido nuestro desengaño capital. Antes de llegarnos el libro, viajeros venidos de Madrid, nos decían restregándose las manos: ya verás que modo de atacar a «los de siempre» a esos hombres tapines que, ya que no con el pecho, aguantan con la espalda los ataques de las nuevas orientaciones. Y lo dicho: el desengaño capital. Cuelga del gancho de la irritación a varios que están por encima de todos

los garfios. Y en contra, a quienes mas debiera combatir lo hace sin gran eficacia, no les dá el toreo que andan pidiendo desde siempre. Su crítica de personajes y figuronos sevillanos mas que la ideal de escarpelo, autopsia, animosidad y silencio, es la de palo, contusión y escandalera.

Norma recta: Desde hace tiempo creemos que de Sevilla es necesario hablar con razón, con bondad y con belleza. Más no conoce a Sevilla—suya no es la culpa, sino de la organización de su vida—a Sevilla, como para hacer la novela que ha intentado con este erudito. No guarda bondad—en el puro sentido de la expresión—por la ausencia en ocasiones de datos ciertos. Y no es bella “La locura de un erudito” por sus defectos de gusto y vacilante estética.

José María Izquierdo, razonado, bondadoso y artista—atacado por Más—se perdió una vez, divagando por la Ciudad de la Gracia.

La Guía de Sevilla.—Tema de la hora presente. El Alcalde se ocupa de ello. Se quiere lograr un objetivo tan interesante y se piensa en buscar la fórmula que dé un libro tan precioso.

El libro de Más no es guía de Sevilla.

Para mí, a pesar de las variaciones habidas en cien años, y de ciertos abultados errores, aún es la obra ideal en este género la «Noticia histórica del origen de las calles de esta muy noble, muy leal, y muy heroica ciudad de Sevilla, en cuyas noticias se reunen las de las fundaciones de iglesias parroquiales, conventos, obras pías, casas más conocidas de títulos y mayorazgos; la de los monumentos de antigüedad y bellas artes que en ellas se encuentran, la de los sucesos más memorables acaecidos en las mismas con otras noticias curiosas por don Félix González de León», estampada en Sevilla en la imprenta de Morales, el año 1839.

Alejandro Collantes de Terán

Pretil

(FRAGMENTO DE NOVELA)

Una mañana—nadie sabía cuál—se celebraba en el internado una solemne, una general revisión de intimidades.

Puede un alumno rendir frutos académicos muy lozanos y tener podridas las raíces de su espíritu. Aunque se ciña externamente los «lirios blancos de la piedad» siempre quedará en su vida interior un último reducto, donde pueda agazaparse el enemigo. Este reducto puede ser el fondo del baúl o un repliegue del corazón, según que el enemigo prefiera trincheras materiales o invisibles recodos. Por eso, al sacramento que desnuda las almas debe siempre acompañar el registro policiaco que da luz al negro fondo de los muebles. Lo que no sorprenda el confesor, puede sorprenderlo el detective.

Al llegar al vestíbulo, se nos invitó a dejar sobre un banco las llaves de las puertas y los cofres. Cada llave respondía a un número, para evitar confusiones. Muchos se despedían de ellas con desdén. Otros iniciaban un gesto incoherente: un ademán de infeliz transeunte a quien los rateros invitan a alzar cómicamente los brazos. Aunque nadie se resistió al imprevisto atraco, una onda turbia, de encono y de protesta, corrió por las filas. Se produjo un leve incendio que apagó el chorro frío de la mirada de Monsieur. Sólo Tovar—el alumno más díscolo, de quien se contaban procaces aventuras, a quien se incluía gravemente en el grupo de los «faltos de espíritu piadoso»—se cruzó alegremente de brazos, sin acercarse

se a entregar sus llaves. Tovar se ofrecía ante el asalto como un mendigo. No tenía vida espiritual patente ni oculta, ni siquiera un poco de calderilla sentimental. Así, mientras desvalijaban la diligencia, él podía sentarse jovialmente en la cuneta a presenciar el despojo y el pánico de los demás viajeros. Sus llaves estaban siempre en la cerradura.

Cuando me llegó el turno, entregué serenamente mis llaves y con ellas a Julián Sorel. *Le rouge et le noir* me sería arrebatado momentos después: estaba reposando confiadamente bajo mi almohada. Despedí alegremente a mi buen camarada, prometiéndome adquirir, en la primera coyuntura, otro ejemplar de la novela. Y me acerqué a Rubén para anunciarle el contratiempo. A la plena luz de la mañana pude sorprender en él las huellas del atraco. Sin duda era Rubén el viajero más rico de la diligencia desvalijada. Su celda era un precioso invernadero donde se cultivaban amorosamente las más raras especies del ensueño. En ella haría estragos la guadaña.

Yo recordaba el espectáculo de otros años: una cama deshecha, una maleta despanzurrada, un cofre arrastrado junto a la ventana, con señales de pesquisa brutal, una mesa laberíntica, con la mitad de sus libros y papeles en el suelo... Pero la celda de Rubén, tan sensitiva, tan pudorosa, sufriría más agudamente la violación.

—Ya podemos despedirnos de Julián Sorel.

—¿Cómo?

—De *Le rouge et le noir*, hombre.

—¡Ah, sí!

Seguía andando maquinalmente. Era tan notoria su postración, que no me atreví a insistir. Preferí dejarle entregado a sus mudos fantasmas. Aunque por otras muchas frentes cruzaba la misma nube. Recorrí con los ojos las hileras, y apenas si se escuchaba otra charla que la charla graciosa de Tovar, entregado a la ingenua tarea de zaherir al tenor Manolo. Tampoco a Manolo conseguirían atraparle nada en estas requisas, porque él supo escoger el único pecado capital libre de aduanas: la gula. La gula disfrutaba de puerto franco, y a la celda de Manolo nunca arribaron otros géneros que los llamados «ultramarinos» y algunos del país. Las múltiples emociones que podía ofrecer el mundo exterior al internado, llegaban a Manolo concretadas risueñamente en un rojo queso de bola, o en unos plateados embutidos. Esta esfera y estos cilindros le ofrecían una impresión a un tiempo simplista y nutritiva de los panoramas incógnitos del mundo circundante.

Las clases se sucedieron con igual monotonía que en otras mañanas, pero nosotros creíamos ver al tiempo solazarse en cada minuto por gozar de nuestra impaciencia: era el verdugo que suspende la faena a cada vuelta de tornillo para ver sufrir al reo. Yo seguí vuelta a vuelta toda la espiral del suplicio de Rubén. Pasaba el pobre amigo del más hondo sopor a una extraña zozobra que cualquier distraído podría calificar de convulsa alegría. Igual incoherencia en sus palabras, igual ráfaga epiléptica en las manos y en el rostro. No era fácil adivinar si le embriagaba la desesperación o el júbilo. Y bastaba con mudar el signo a la cifra de su inquietud. Al sonar la campana para el regreso al internado, le creí víctima de un síncope.

Por el camino, muchos colegiales preci-

pitaban el paso, tímidamente, produciéndose choques y nudos imprevistos en las filas. Era difícil improvisar un compás de marcha que fundiese tan diversas inquietudes. En las pilas de la incoherente batería las electricidades desiguales producían velocidades de caprichosa aceleración. Había tantos ritmos como colegiales: desde la angustia del que teme verse analizado el corazón sobre un mármol de clínica mística, hasta el leve disgusto del que augura un decomiso de paquetes de cigarrillos. Se producía un desorden análogo al de un ejército en marcha hacia el combate, donde la provisión de heroísmo fué distribuida con poca exactitud.

Al llegar al internado casi todos corrieron a contemplar su propia expoliación. Yo llegué de los últimos. Y cuando crucé el umbral de mi celda y me ví solo ante aquel pobre ajuar desparramado, tuve que contener la risa. Habían buceado en el lecho con tal premura que no lograron tropezar con la novela, y Julián Sorel estaba allí, ingénuamente agazapado bajo la almohada, como travieso burlador de la austera Teología. El lecho, de tan accidentado panorama, mejor hacía suponer una galante escaramuza que cierto inflexible registro policiaco. Cuidé solícitamente de ordenar el aposento, borrando todas las huellas del saqueo, porque sólo me gusta mi propio desorden. Luego corrí a la ventana y llamé a Rubén.

No conseguí respuesta, ni logré verle en el refectorio ni en el recreo. Pero escuché su nombre deslizado furtivamente en los diálogos... Y aquella revelación que el azar me traía hecha girones, yo la fui recomponiendo fácilmente hasta lograr una magnífica novela de pasión. Pasaba entonces mi inquietud estética por la zona turbia de las grandes novelas y de los trágicos amores. Imaginé una carta desesperada, «fatal», escrita entre lágrimas, leída febrilmente, de-

jada caer al suelo como una brasa... y recogida con la higiénica serenidad que prescribe el reglamento de emociones escolares. «Acaso llegaron a un tiempo el detective y el esposo de Gloria. Bruscamente se torció el curso de aquel torrente en que dos vidas turbulentas no conseguían extinguir su llama»...—Estas frases ya formaban parte del borrador de la novela—Y no me importaba desconocer el resto de la aventura de Rubén, porque yo me proponía reconstruirla generosamente. Del que apenas fué un tímido amante, surgiría un héroe magnífico: luego la vida sacaría copias de mi nuevo Rubén, y acaso más tarde yo mismo tropezaría con ellas muy ufanas de creerse originales.

No acudió Rubén a la cena. Cerca de media noche arrojé a su ventana, como otras tantas veces, una pelota de papel. Me gustaba ver asomarse aquella frente pálida donde se enmarañaban tan sugerentes rizos. Esperé unos minutos, sin resignarme a perder mi espectáculo de todo el curso. Aquel silencioso museo no debía perder tan pronto el cuadro más patético. Mientras aguardaba la respuesta, ya cansado de contemplar muros, comencé a mirar las nubes y las ramas desnudas del jardín; y algún arbusto que se me antojó siempre vulgar, se me ofrecía ahora, limpio de la dorada retórica del otoño, ágil y esbelto, digno de ser trasplan-

tado a una colina donde se precisase gallardamente su desnuda musculatura. Era un perenne reproche a las torpes manchas de las nubes, pueriles borrones en la ancha plana escrita con signos encendidos. La luna vertía por un ángulo del claustro su menuda lluvia blanca, huraña al no hallar cerca unas ruinas donde ensayar su antigua concepción de lo sublime.

Segunda pelota de papel, y segundo silencio de Rubén. Quizá dormía, rendido por la cruel incertidumbre de toda la mañana. No quise aguardar más tiempo. También a mí me abrumaba el cansancio y se me borraban ya de la mente los últimos arabescos. Preferí indagar el fin de la aventura a soportar un minuto de zozobra. No me importaba el epílogo, sino quedar desembarazado de una anécdota. Salí al pasillo quedamente, y alcé el picaporte de la puerta de Rubén. Todo cedió sin el ruidillo más leve: el picaporte y la puerta, que estaba entornada. Hundí la cabeza en la negrura, y a la tenue claridad que llegaba del pasillo, se fueron devaneciendo las sombras.

Pero la celda estaba completamente vacía. Nada quedaba en ella de Rubén. De Gloria quedaba el perfume, que aspiré unos momentos, ávidamente.

Benjamín Jarnés



El Libro del Jueves ~

Maná caído el año 1764

A Javier Sanchezdelp y Marañón, Alcaide
del Castillo de Cumbres Mayores

*Por veinticinco céntimos dados a un libre-
ro vecino de Monte-Sión hemos leído el ter-
cer volumen de la «Aduana crítica» de Mi-
guel de la Barrera, subtitulada por su autor
«Hebdomario de los sabios de España». Después de encomendar al Señor el ánima
de un difunto dueño del ejemplar cuyo
nombre con pluma de ave trazó en la por-
tada—«Soy de Lucas Pérez y Rodríguez»—,
entramos al interesante tomo. La fecha de
su impresión, 1764, justifica bien el adjetivo
titular; la crítica preocupación entonces de-
moda todo lo invadía. Ahora también pasa-
do un siglo XIX de absurdas espontaneida-
des, los hombres letrados empiezan a cerrar
sus ventanas a los paisajes para hallar so-
bre las mesas de labor un espejo a los paisa-
jes interiores. Bueno será cuando se busca-
tierra a los cimientos de la propedeutica por
venir de la nueva crítica, atender al aparato
quirúrgico que sirvió a los comentaristas
del XVIII. Miguel de la Barrera consagra
su tiempo al análisis de las «piezas litera-
rias cuyo despacho se solicita de la corte». En este aspecto está el valor monumental
de su libro: refiérese a obras poco frecuen-
tes y algunas, de cierto, perdidas. Repro-
duzcamos el*

NÚMERO XXIV

«Maná escondido y confundido entre las

apariencias de la nieve, nuevamente descu-
bierto, y dado a gustar en una filosófica,
amena, y sacro erudita carta, respuesta con
que un monje jerónimo del Monasterio de
San Isidoro del Campo satisfizo en 11 de
Diciembre del año último de 64 la curiosa
instancia del M. R. P. Fr. Juan de San José,
Prior de San Jerónimo de Sevilla, hecha en
carta del día 6 del propio mes, acerca de la
pretendida maravillosa nevada, que en la
noche después del día de Todos los Santos.
y a 2 de Noviembre de dicho año, se notó
en la villa de Cumbres, y otros pueblos de
la Sierra Morena, y la de Andévalo.» Impre-
sa en Sevilla en la Imprenta del Doct. Ge-
rónimo de Castilla en 8.º, con 76 páginas.

Si aquel humor condensado, blanco, dulce, y suave, que en la parte occidental de
Andalucía, cubrió los árboles, las peñas, y
los campos en la noche del día primero de
Noviembre del año pasado de 1764, en un
espacio, que comprende más de treinta le-
guas fué maná verdadero, ¿qué experiencias,
qué observaciones o qué surtimiento se hizo
de un remedio de tan frecuente uso?

El prior del Monasterio de San Geróni-
mo de la Ciudad de Sevilla, admirado de las
cualidades de aquel fenómeno, dirigió al
P. Fr. Fernando Zevallos, del mismo Or-
den, en una carta misiva este capítulo: «La
noche de Todos Santos cayó por mi tierra
(la villa de Cumbres Mayores, de este Arzo-

bispado) una especie de nieve, que causó mucha novedad, porque no se deshizo, como regularmente sucede, sino que enjugándose, permaneció la tierra blanca, y lo mismo los árboles y piedras, quedándoles pegada una como especie de azúcar, que aplicada a la lengua, se percibe dulce; y así remito a V. R. esos palitos para que forme juicio, y me diga, *qué es esto?* y cuál pudo ser la causa de esta novedad?»

No es necesario apelar a un prodigio para admitir esta lluvia. En tiempo de Galeno se experimentó otra semejante, y solemnizándola los labradores, exclamaban: Júpiter llueve miel en los montes. Mathiolo testifica haber visto gran copia de la que cayó en Cosencia, y las que sucedieron en Mayo y Junio de 1546 en el Campo Forojuliense, y Condado de Trento. La opinión más recibida, sobre el maná llovido en el Desierto, es, que no fué sobrenatural, en cuanto a su entidad, sino por la razón de sus circunstancias. A la verdad, el que cayese sin intermisión cuarenta años, sin distinción de estaciones, ni de días, a excepción de los sábados: que en estos se conservase sin corrupción, el que se guardaba el día antes y en los demás se convirtiese en gusanos: que aquel rocío fuese tan abundante que pudiese servir de alimento a un millón de personas: y que según las costumbres de estas fuese suave, o fastidioso, son unas circunstancias que elevan esta perenne lluvia a la clase de las más estupendas maravillas, sin necesitarse la creación de una substancia extraordinaria, pudiéndose opinar del mismo modo de la copia de codornices con que Dios favoreció su Pueblo. En tiempo de Josefo, llovía en la Arabia el maná, como en el de Moisés, pero sin aquellas cualidades portentosas.

Este maná era blanco, como acreditan los setenta en los Números, la Vulgata en el Exodo, y lo notó ya Alapide. Del mismo color es el que se recoge en el Oriente, y Occidente, aunque el de las boticas no tiene

esta blancura; porque los que lo venden suelen adulterarlo, y en las pastas que de él se forman, se incorporan materias extrañas; y así gradua Sabari por más puro el que se trae en lágrimas, aunque algunos atribuyen esta figura al artificio de los Judíos de Lior-na. El de la Persia y Monte Líbano se inclina al color verde por el de las yerbas en que se cuaja. El Teraujibui de Serapión es algo rubio por su transparencia y porque ablandándose o liquidándose modifican sus superficies los rayos luminosos con otra reflexión, como se experimenta en el azúcar, si se reduce a almíbar.

En el maná de Andalucía no es regular se pusiesen de acuerdo los vegetales de tan vasto terreno, para arrojar, y condensar en una misma noche sus sucos nutricios, ni que estos fuesen de un mismo color y sabor en tanta multitud de especies: ni que su copia fuese capaz de cubrir enteramente sus hojas y sus ramos: ni que se comprendiesen en esta reseña general los árboles y arbustos secos o quemados, como lo estaba el ramo de jara remitido; pues estos deben considerarse deshojados de aquellos jugos: también lo estaban las piedras, y todo el suelo que cubrió esta nieve. Además de que si fuera trasudada, y no llovida, no se vería solamente en las superficies superiores.

Es innegable que el Autor tiene pureza y facilidad en el estilo, fuego en la imaginación, nervio en los argumentos, solidez en las reflexiones, tino mental en las conjeturas con que adquiere el aire de probabilidad a que se puede aspirar en la Ethiología. La prontitud en la respuesta en cinco días, prueba un ingenio instruido y despejado.

Trascribió, A. C. de T.

* * *

Poemas de la vida en el Puerto

POEMA NIMIO

Cargamento de estrellas
llevaba el barco que partía.

Yo no sabía
que allí se iría el sol que en mí latía.

Todas las amatistas de la tarde
cuajaron de miradas la cubierta.

Yo no sabía
que había de quedarse el alma muerta.

Sacudió sus cabellos
que el sol llenó de caracolas claras.
Tanto silbó, que el grito no se oía.

Yo no sabía
que por la tarde el alma se me iría.

PESCADOR DE ESTRELLAS

El pescador echó sus redes
sobre la noche en vela;
entre peces de plata
saltaban las estrellas.

ADORACIÓN

Por tí, sol, por tí, luna,
por tí, ventana clara,
por tí soy lo que soy,

azul paisaje quieto,
dorada playa.
Tú me alumbras,
tú me tienes
en tus brazos... Palabra
de tu boca, el sol poniente
que acaricia mis aguas.

CORDILLERA NEVADA

En las crestas de enero
la leche de las cabras del cielo.
Los pastores dormidos
no vieron al niño
que ordeñó las ovejas de las nubes.
La leche sube, sube,
hasta bajar al valle.
En las crestas de enero
derramadas las ubres del cielo.

ACERICO

El acerico de los barcos
clavado de alfileres de los mástiles
balanceaba su cojín de seda
sobre el suspiro de la tarde,

Moaré de las aguas
donde el anís de nube se deshace
bajo el cojín de seda
clavado de alfileres de los mástiles.

PÁRVULO

Ser así, como soy,
un párvulo que juega su diávolo
entre las manos tornadizas
pertrechado de luz en su juego de luces,
lanzando el disco de su risa
por cima de las tristes chimeneas.

Ser así, en tu casita rompiendo tu muñeca
y todos los días entreabrir la nueva
rosa con la premura de mis dedos;
la plana de mañana será mejor que hoy
en el abecedario saldrá una nueva letra...

Y después, el domingo
reventando de globos y de estrellas.

NUBES

1

Carbonero del día,
nube negra aplastada
sobre la rada de la tarde
y que en la frente escribe
su fresco verso de llovizna.

2

Las dos nubes cantaban
con voces de sochantre
bajo la abovedada
iglesia de la tarde.

3

Niñas rosas con rosas
entre las manos.
Scarlatti de nácar
pasaba suspirando.

4

Nubes heroicas,
trompetas del cielo

clarineando el alba
con pizzicato de aguacero.

5

Ventrudas nubes
opiladas de mar
que se caen de los árboles del cielo,
fruta que muere al madurar.

6

Cabellera de nubes
del ocaso del puerto
agitando sus trenzas
en el relámpago del cielo.

7

¡Qué olor a nube
había en la mañana
que se había descornado
azul, sin una mancha!

8

Abanicos de pluma
con los que se abanica la luna.

9

En el altar mayor
de la mañana azul
nubes de blanca Holanda
transparecían el cáliz de la luz.

10

Las gaviotas blancas
entraban y salían
por los bosques de nubes
de la mañana de neblina.

Rogelio Buendía.

Fábrica de la Cárcel Real de Sevilla

II.

En el mismo sitio en que estuvo la de doña Guiomar y ocupa hoy el Real Círculo de Labradores, a boca de calle Sierpes por la Plaza de San Francisco, se fabricó la nueva cárcel, que llamaremos de Cervantes. Esta vez todo corrió a costa del Senado sevillano, quien, «atendiendo con gran providencia a la santa quietud de la República, que el atrevimiento de los malos suele turbar» y a la urgente necesidad de que los presos tuviesen aposento más amplio y decoroso, mostró inusitada actividad en las obras, dirigidas con plausible acierto por su veinticuatro y obrero mayor Bartolomé Suárez y terminadas felizmente el año de 1569.

Abarcó su solar 1667 varas superficiales de terreno distribuidas en tres cuerpos con varios departamentos irregulares, de mucho renombre entre ellos las tituladas galera nueva y vieja y la cámara del hierro. La fachada principal del edificio midió diecisiete varas y dos tercias de la calle de las Sierpes, antigua de los Papeleros, frontera a la de Cárcel, luego del Almirante Bonifaz, en linde por la izquierda de la entrada con casas propias de los caballeros Tellos, andando el tiempo del doctor Fernando de la Puente, y por su extremo derecho doblaba en ángulo obtuso formando segunda fachada; comprendía esta última casi toda la calle de los Papeleros, después titulada de las Cárces

y en la actualidad de Manuel Cortina, y terminaba engrueso muro de veinte varas, paredaño a la calleja de los Cordoneros, hoy de Faisanes. Los materiales constructivos fueron de piedra en la portada y escalera, de ladrillo y cal en las fachadas y paredes de crujía, de maderas diferentes los techos y colgadizos, de hierro, en fin, las famosas puertas del oro, plata y cobre, algunas ventanas y barandales del patio.

Sobresalía en el edificio su severa portada de estilo renacimiento, decorada de bellos escudos de armas reales y de la ciudad y sencillas inscripciones recordatorias de su construcción y ulteriores restauraciones, y campeaban en su remate alegorías de la Justicia, Fortaleza y Templanza, las tres de bulto de cantería labrada y de lucida traza. Junto a la puerta existió un retablo de notable pintura representando la Visitación de Nuestra Señora, propio de la Hermandad instituída en el año 1585 por personas de abolengo ilustre para acudir al alivio y soltura de condenados en costas o deudas; dicen los cronistas que se quitó de allí poco antes de enajenarse el edificio, pero callan el lugar a que fuera trasladado y el artista que ejecutó la obra.

Fuerte cancela de hierro, llamada puerta del oro por el provecho que obtenía su guardián, daba acceso al apeadero de la casa; a su izquierda se hallaba la reja del departamento de mujeres y al extremo opuesto la

del patio de varones, pero no se veían los reclusos de uno y otro sexo por impedirlo el recodo que hacía la estancia. En cambio se comunicaban de continuo a voz en grito; díganlo aquellos requiebros donosamente respondidos, las tonadillas improvisadas de todo estilo y asunto, las coplas a coro y acompañadas por añadidura de sonecillos de tejoletas sobre las rejas o de golpes en los metálicos grillos, y las canciones a compás de guitarras evocadoras de amoríos, fechorías, anuncios de próxima libertad, casi nunca expresivas de arrepentimiento, que tanto alabaron y aplaudieron los mismos cautivos y el extraordinario concurso de gente que de sol a sol visitaba la memorable prisión.

En el patio de planta cuadrada, con sólida fuente de agua al centro y galerías alrededor, estuvo durante muchos años la Capilla, donde en valioso altar y valiosos ornamentos decían misa diaria a los presos. Cosa singular, fué sede la dicha capilla de cierta cofradía de disciplina advocadora del nombre de Jesús y regla enderezada a castigar los juramentos; los hermanos eran presos *devotísimos*, pues la servían cual si fueran personas libres y hubieran ganado probanza de virtuosos en contradictorio juicio. Contraste notable, cuatro taberneros y dos tenderos gozaron de licencia para vender mercaderías a los penados en el patio, y al fondo del mismo había catorce calabozos, de gran utilidad de destinarse a los fines de su construcción.

Mediada la escalera y antes de llegar a la puerta del cobre, que era la última, se hallaba el aposento del Alcaide; tenía ventanas al exterior del edificio; corredor con baranda al patio y azotea alta donde era permitido pasear a gente principal que sufría condena por delitos de poca monta. Por cierto que gozaron además estos presos de aposento cómodo en la mejor galera de la cárcel, de comedor independiente y comidas

aceptables, vistas a la Plaza de San Francisco desde la terraza citada y, cosa grata, de ninguna vigilancia, de tal suerte que de intentarlo hubieran logrado escapar con suma facilidad. Otras dependencias de interés secundario a nuestro propósito, cocina, enfermería y sala de vistas, completaban el edificio descrito.

El régimen penitenciario no fué tan severo cual pudiera imaginarse, toda vez que menudearon los favores y faltó en ocasiones la debida vigilancia en funcionarios de la casa; recuérdese al efecto que los calabozos del patio se arrendaron a uno o dos presos por quince reales al mes y derecho a meter cama; este abuso, por no citar otros, motivó la fuga premeditada de buen número de penados en la ocasión que vamos a referir.

Cierto día solicitaron permiso los penados para celebrar un juego de cañas con motivo de la fiesta de San Juan; gustó la idea al Alcaide quien no sólo accedió a lo pedido sino que invitó a buen concurso de gente para que contemplasen la invención y regocijo que preparaban los valientes.

Llegó la hora del festival anunciado y los jugadores hicieron su entrada en el patio de la cárcel con lucidez y corrección; formaban seis cuadrillas de a ocho sobre caballos de cañas en la forma que acostumbran los muchachos, y vestían de indios los menos, con adargas de papelón, y los más de libreas policromadas y adornos de vistosas plumerías. Todos corrían por el patio y de dos en dos entraban en uno de los calabozos alquilados, mas «como la tal pieza no era muy grande y vido el Alcaide que habían entrado muchos y no tornaban a salir, amohinóse de la dilación», bajó presuroso y contempló con asombro que se habían fugado nada menos que cuarenta de los fingidos jugadores.

Sin tardanza alguna salieron en persecución de los huídos la justicia, los basto-



neros de la cárcel gente armada de alabardas y arcabuces, averiguándose por confesión de los culpables detenidos los hechos siguientes: Deudos de presos aposentados en calabozo de alquiler, arrendaron a su vez un aposento bajo de la calleja de los Cordoneiros, paredaño con el mencionado calabozo; de seguida comenzaron a taladrar el muro valiéndose de limas, botijas de vinagre, barrenas gruesas y de escoplos que hacían agujeros como puños; que la empresa fué obra de empeño, porque la pared «demás de ser de cuatro ladrillos de ancha y labrada de cal y arena, llevaba entre medias unas rejas de hierro y madera»; y que por este y otros obstáculos imprevistos, les vino tan justo el tiempo que el guzpátaro no pudo acabarse hasta la madrugada de la víspera de San Juan, día convenido para la celebración de espectáculo tan en boga en aquel tiempo.

Mal día para el Alcaide. Bien guardaron los delincuentes el «secreto de libertad». Juzgue cada uno el enojo que a los invitados produciría la burla sufrida.

Así permaneció la fábrica de la cárcel hasta la fecha de su derribo, 1838, porque en nada alteraron su estructura las restauraciones practicadas en los siglos XVII y XVIII; de ellas merecen recuerdo, sin embargo, los aposentos que mandó hacer el Alcalde de la Justicia don Pedro Velarde; las obras de consolidación efectuadas a expensas de la Ciudad, en 1732; y en particular, los reparos hechos en la portada del edificio por el considerable deterioro que le causó el terremoto de 1755.

Pudo más la acción del tiempo que todas las obras y reparos citados, de suerte que a principios de la centuria XIX se acentuó la ruína de la finca y fué menester desalojarla. Para ello platicó mucho el Concejo hispalense tocante al edificio que convenía utilizar para nueva prisión, resolviendo al fin, como más acertado y económico, aprovechar el exconvento de agustinos descalzos

de Nuestra Señora del Pópulo, que se hallaba inhabilitado desde el año 1835, a causa de la exclaustración de las ordenes religiosas. Allí fueron trasladados en 1837, empeorando de sitio y acaso de local y allí continúan, en el único establecimiento penitenciario de nuestra capital.

Deshabitada la antigua y memorable fábrica, pensó el Cabildo sevillano enajenarla, no sin antes pedir a su arquitecto que le informase al pormenor del estado y valor de la misma. He aquí algunas de las frases del curioso dictamen, emitido por persona de la competencia de don Melchor Cano, académico de mérito de las nacionales de San Fernando y de San Carlos y arquitecto mayor de Sevilla:

«He reconocido, medido y tasado el edificio que en calle de las Sierpes sirvió de cárcel con el nombre de Real, y habiendo dado valor al terreno que ocupa y clase de obra, que toda ella está en última vida, encuentro que asciende en venta sin inclusión del agua de pie, a la cantidad de 83,680 reales vellón. No puede producir renta alguna, tanto por la ninguna aplicación que puede dársele y mala distribución como por hallarse derribado en parte, por lo que creo de mayor ventaja a los propios el que se demuela porque la venta de materiales y el del terreno por separado producirá más que en el estado en que hoy se halla.»

Conformóse la ciudad con este parecer y acordó enajenar el edificio, llegando por ende las postrimerías de la histórica fábrica. Breve e inesperada dilación tuvo el negocio, porque el Concejo carecía de títulos de propiedad de la finca; en su defecto, el Juez de Primera Instancia don Diego Mendo, a propuesta del síndico municipal don Antonio Ulloa, practicó la información pública que el caso requería con favorable resultado. El Juez dictó sentencia y pocas semanas después se remataba en la suma de 63,000 reales vellón la fábrica de la excárcel real de Sevi-

lla, enajenada a favor de don Luis Severo, en nombre y representación de opulento súbdito de la Gran Bretaña

* * *

Fué mandato legal, cumplido por el Concejo hispalense con máxima fidelidad, la elección periódica de regidores para que, en su nombre y representación, inspeccionasen y amparasen los establecimientos, servicios y gremios a cargo de la Ciudad o que al pueblo interesaba su buen gobierno. A este propósito nos importa mencionar que el cabildo celebrado el lunes 17 de enero de 1661 eligió para diputado de la cárcel real al veinticuatro don Miguel Mañara y Vicentelo de Leca. Una vez más hallamos al Venerable fundador del Hospicio, Hospital y Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla

desempeñando honroso cometido en plena juventud y en consonancia plena también con sus sentimientos de amor a los pobres y desvalidos; lástima no haber encontrado testimonios de su actuación por los delincuentes para enriquecer estos apuntes, pero es lo cierto que poco a poco vamos conociendo el curso de la vida de don Miguel,—clara, esclarecida, ejemplarísima siempre—, imposibilitando hasta la sospecha de que «bajo el Arco de Mañara haya pasado nunca la sombra de don Juan».

Celestino López Martínez

Sevilla, 2 de agosto de 1926.

Fuentes principales: Archivo municipal y Titulación del edificio que fué cárcel, que debemos y agradecemos a su actual propietario don Aurelio del Portillo y Ramos.

Neorama ~

"GIROLA"

DIVAGACIONES HECHAS POR ANTONIO MARICHALAR
EN TORNO A LA MISTERIOSA ESTÉTICA
DE NUESTRO TIEMPO

Bien hallada, por cierto, la palabra *girola* para título de esta lectura de Antonio Marichalar, escuchada en el madrileño Museo de Arte Moderno y ahora reproducida por la "Revista de Occidente" en su publicación de Junio; bien hallada, por lo que su valor conceptual y su valor fonético remarcen la exégesis con que Marichalar subtitula el estudio donde diseña una suerte de paralelo entre el Arte imitativo, patético, y el Arte deshumanizado.

Característica del Arte deshumanizado es dar gran importancia al hombre, no como a dispositivo sentimental, sino como a elemento contemplador. La conducta de una inteligencia contempladora frente al suceso estético es, de toda la

filosofía del Arte, el fenómeno más atrayente y cardinal para el sentir de la crítica contemporánea. Lo es con justicia y Marichalar se añade a esta opinión de minoría dedicando unas apreciaciones muy sustanciosas respecto a la buena y mala voluntad para comprender, de la buena y mala preparación mejor dicho.

El valor global de "Girola" es de seguro muy alto, pero inferior a la sugestión particular de los postulados accesorios. Quiere decirse que el análisis comparativo del Arte patético de ayer—localizado en el exhausto plano de la *ilusión óptica*—y el Arte de nuestro tiempo, que se produce a modo de una *rueda dentada* cuyo perfil viene a engranar con el nuestro, no pueda perder, ni aun a través de una disertación de Marichalar, lo que tiene de canónico, de preceptista al modo nuevo, de artículo de fé en la religión cuyo Evangelio se acoge sin recelos por los oídos dignos de escuchar una palabra noble y de que una palabra noble se alce para ellos. Ahora, veamos cómo estableciendo algo semejante a una independencia entre el clausulado desarrollo de "Girola" y el blanco a

que dirige su haz de proposiciones, la personal intención del crítico se diversifica del escolasticismo inevitable en la adhesión a una doctrina ya admitida, aunque lo sea muy parcialmente. Donde hay seducción suele haber engaño, es un dicho jugoso. El hombre, como el pájaro, pica en el Arte imitativo cuando éste finge la realidad. Si reacciona ante el Arte como hombre, es decir, lo mismo que se comportaría ante una escena de la vida real, es porque para entonces, ya se ha hecho de la sustancia misma del arte que le transporta. No asiste, no presencia, sino que vive una mentira lo mismo que si viviera la vida real. El llanto será sincero, pero quien lo derrame un farsante que—sin darse cuenta y a la fuerza,—está haciendo, en la farsa, un papel. Sus lágrimas—estéticamente consideradas—no son de verdad. Nunca como ahora se ha visto un Arte más arbitrario sometido a más normas. Nunca, quizá, un Arte más sincero, más pudoroso, más honrado, en rigor. Se le exige una autenticidad acendrada, una legitimidad que no se le exigió nunca. Puede hacer lo que quiera a condición de que lo haga a las claras. El verdadero artista moderno busca la estructura y rechaza el accidente. El hecho, sólo le sirve en cuanto su apariencia le permita intuir la esencia permanente. En relación con la naturaleza, tratará de reproducir la función, pero no de copiar el órgano.

Aunque se hayan expuesto literalmente pasajes representativos de "Girola"—y ello sería bastante para inducir a evaluación—queremos destacar los aciertos del trabajo, sobre todos los que se levantan como espigas dorsales de su esquioc. Tenemos, de una parte, la actitud de girola preconizada por Marichalar como singularmente oportuna en el crítico poseído de la austeridad, el decoro y la honrada fe que el autor señala como signo de todo hecho artístico verdaderamente actual. Esa condición de pudor en el artista de nuestros días, tan extraña a las preocupaciones convencionales del seductor de otros tiempos, corresponde en el crítico a la mencionada actitud de circunvolución estética, de alejamiento voluntario y sagaz, de mirada oblicua y a distancia, como si la en apariencia fácil calificación de misteriosa dada a la estética contemporánea llegara a descubrir una robusta significación de partido filosófico, realmente profunda, cardinalmente básica del escolasticismo nuevo, encaminado a soslayar como se debe la disección, siempre fallada, de ese acorazado secreto que es la fuerza creadora de belleza.

El nuevo mundo estético incorporado al pensamiento español por Giner de los Ríos no hace medio siglo, salvó muchas cosas e indujo a enderezar la vista hacia otras diferentes. Sin embargo, los Índices de aquellos Nortes en apogeo resultaron no ser más que repetidas listas de procuradas definiciones, cuya incapacidad nos hizo el provechoso favor de quitarnos la esperanza en penetrar cuanto viva de esencia distinta a la que nos es propia. Este forzado positivismo hubo la virtud de revelar imprevistas posibilidades y empezando por sugerir la conveniencia de tratar al hecho artístico como un fenómeno de relación entre obra y espectador, nos

lleva ahora a trabajar bien acertadamente en el campo de la subjetividad contempladora. En "Girola" anotamos, pues, como señalada clarividencia, el propuesto descuido en que se dejan las demostraciones esenciales, el voluntario criterio huidizo de toda generalización objetiva, a cambio de recalcar los descubrimientos en la atmósfera que respiramos con nuestros mismos pulmones y que tiene la cualidad de pertenecernos holgadamente, sin dejar por ello de sumarse al núcleo misterioso que la crea. Viéndolo tan bien instalado en esa atmósfera-puente, se diría que Marichalar abunda más de lo que deja ver en la opinión de que una estética es siempre específica—sinónimo tal vez de inexcusable—y de que ni aun lo que llamamos la Estética puede generalizarse si no es dividiéndolo en idiosincrático y temperamental, lo que no sería más que una multiplicación de valores cualitativos. Verdad es que su intención es cambiar la cerrada trayectoria sin fin en espiral conquistadora; pero la forma en que desarrolla sus ideas, la creencia que tiene en la arisca virtualidad del misterio y su inquieta modernidad, curiosa de aventuras intelectuales, más bien llevan a pensar en que su estética de crítico prefiere, a la meta de una consecución dudosamente epilógica, el renovado acierto de seguir divagando y en torno.

Réstanos insistir en la atención que Marichalar dedica al factor "público"; su incomprensivo apartamiento se acusa por nuestro ensayista de inercia regalona, semejante a la del turista a quien va muy bien con la receptividad que le fabrica su tradicional Baedeker. El espectador no se consulta, no quiere vivirse, corta su cupón sin contrastar la legalidad del papel que se lo produce. Acaso tiene una vaga idea de la baja de sus valores, tal vez le digan que se hallan en franca liquidación. No le importa. Su acreditado listín le encarece la ventaja de seguirlos usufructuando sin mayores escrúpulos. Alguna vez, inevitablemente, encuentra en la Lonja del Arte la divisa "Apollinaire" o la divisa "María Uhden". Tampoco se consulta. Vuelve a enarbolar su receptividad escrita. ¿Qué le manda? ¿Reír? ¿Abominar? En todo caso, en el mejor de los casos, acuerda no molestarse en adquirir la facultad de comprender. Y la cuestión ya toma un intrigante aspecto. Esa adquisición ¿es en verdad posible? ¿Y si el que no comprende resultara, no un imprevisto, sino un incapaz? ¿Y si el no comprender fuera algo incurable, algo así como un defecto de fabricación? A lo mejor, la desviada conducta de un buen Jourdain hay que agradecerla como una antiseptia.

Si al esbozo hecho de "Girola", meramente descriptivo y tan coartado por razones de espacio, hiciera falta una sintética apreciación particular, añadiríamos la de su intelectualismo dominante, la de su culta afición a la impenetrabilidad receptiva, refilada por completo con ese trampolín del pseudoarte que es la complicidad sentimental del hombre como hombre, y finalmente, la de una fina estructora del discurso

cuya dicción aforística, desenvuelta, disimuladamente poderosa, sirve tan bien al intento de Marichalar, el removedor y libre crítico de crítica.



"TRES ENSAYOS SOBRE LA VIDA SEXUAL"

POR G. MARAÑÓN

(BIBLIOTECA NUEVA-MADRID, 1926.)

Una sintonía espiritual con el autor—personalidad harto bien garantizada—, ha captado nuestra deferencia para este libro vulgarizante, salvando la manera de su titulación. En el acervo de los catálogos de alguna editorial considerable, y en los de los editores todos de menor cuantía se registran casi indefectiblemente libros bajo advocaciones de este orden y de este propósito de vulgarización en torno al sexo, cuyo contenido pseudo científico—ya lo sabemos—, no es otro que la clandestinidad de esa erótica adquirida "al detall" en un quiosco cualquiera.

Situándonos ahora en otro plano, nos cumple declarar que nunca pudimos sustraernos a la reacción automática que se opera en nosotros ante una disciplina científica que se nos muestra en forma vulgarizada, como a la negligé, dotada de esa propensión a lo confidencial y al gesto inocuo de camaradería de los compañeros de viaje de los trenes del sur. Cuando lo científico se complica con lo sexual nuestra actitud alcanza entonces las latitudes de lo irreductible.

Del libro del Doctor Marañón sólo cabe decir, netamente hablando, que no es nada de esto... y que es mucho más... Por su esencialidad técnica, y aun por su linaje literario, es obra de categoría distinta y de un ciclo genérico distinto también... Ahora que, además—y a mayor abundamiento—, el libro está orientado asimismo con un valor inestimable de actuación social.

Emerge de estos ensayos la vida sexual—a través de todas sus manifestaciones sorprendentes—, tan variá, tan multiforme, tan trascendente, tan inmensa, tan imperativa y tan cómica, que en una primera impresión de lectura sobrecoje y anonada con un gran estremecimiento pánico y una depresión de infinito. Luego, de la virtud didáctica del libro del Doctor Marañón—encausado con precisión el torrente, definidas y articuladas las fuerzas del sistema—, sobreviene una visión serena frente a lo biológico y a este, pudiéramos decir, su formidable dinamismo de la vida del sexo.

Libro vulgarizante, dijimos en las primeras líneas de esta nota; pero vulgarizante a su manera, porque el autor no duda en eludir las concesiones indebidas a las reservas técnicas y profesionales. El Dr. Marañón no malbarata su bagaje científico ante las exigencias de una editorial popular; al contrario, se sujeta en él como en un sector fortificado para la mayor eficacia y solidez de sus prédicas sociales. Aquí—nuevamente—, de su modalidad vulgarizadora.

Deliberadamente rehuimos el comentario de las peculiares tesis desarrolladas en los "Tres ensayos sobre la vida sexual". Requerimos para ello a sociólogos, a naturalistas, a médicos capaces... Pero no queremos preterir dos ideas generales, al menos de una parte, que la pluma del Dr. Marañón acomete sus ensayos con una asepsia de instrumental quirúrgico (sépanlo, para su desengaño, los habituales de la "Colección Pompadour"); de otra, que es tal la firmeza que propugna para la afirmación de los temas centrales de la obra, que ante la posible acometividad filistea—a la vista de algunos problemas biológico-sociales... que no lo son—, forma el cuadro inexpugnable de las cifras de la estadística, la argumentación más conmovedora.

Su consecuencia docente, su finalidad de pedagogía social, repetimos, hacen de los "Tres ensayos" del Dr. Marañón un libro muy interesante para la educación de España. (¡Y que la sombra directa de Jesús nos salve ahora y siempre de los fariseos!)



'LA GUITARRA DE LOS NEGROS'

POESÍAS POR ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

(1926.-MONTEVIDEO-BUENOS AIRES)

Gran fiesta de juventud, cariciosamente blanda y presentida, nos llega hoy flameando su música pampera en el mástil filarmónico de "La guitarra de los negros". Creemos, ahincadamente, que ahí, en ese filón virgen—si no vernáculo, aborigen—, inexplorado, de los mirajes nativos, radicará siempre la gran fuerza futura de los poetas de América. Jorge Luis Borges, el gran argentino (el que desempolvó del acervo literario de nuestros clásicos—Quevedo, Gracián, Villarreal—, todo un gran caudal de voces áureas, oxidadas por el casi olvido de tres siglos, dándoles fulgencia nueva al acuñarlas en los troqueles exactos de sus versos, y dejándolas allí por último, con su primitivo retintín acusmático,) constituye con su "Fervor de Buenos Aires", la más fuerte ejemplificación de cuanto podemos esperar de los poetas americanos de esta hora. Por esta razón, cada vez que nos llega un nuevo libro de América pretendemos encontrar en sus páginas—cansado ya nuestro espíritu, en ciudades uniformadas de cosmopolitismo, de ser el eterno turista de un arte en trance de bancarrota por inflación—el unánime confinamiento definitivo de los temas exóticos que los llegaron a los poetas de ultramar en los paquebotas de Julio Herrera y Reissig (línea Mediterráneo-Montevideo, con enlace, en Marsella, para París), decoradas sus cámaras y literas fantásticas de un rococó francés, ambicioso, transportado al estilo de las consolas simbolistas y los espejos magistrales de Mallarmé desde la alegría platónica de nuestro Don Luís de Góngora.

Es muy posible que, a esta opinión que exponemos, no presten su conformidad algunas de las jóvenes líras america-

nas de hoy. Pero el autor de "La guitarra de los negros" presumimos que sí. Y con ello nos basta.

Ha aquí, pues, uno de esos raros libros americanos que, inspirándose, folklóricamente, en los temas nativos, y trayéndonos la resonancia de sus más bellas voces autoctonas, dentro de su caja instrumental—mástil, clavijas, y cuerdas—consiguen que soñemos ahora con arrancar también, el acoplamiento resonador de nuestro verso, otros cantos hermanos de los suyos, con una destreza digital que ascienda, si no por el mástil de la guitarra gaucha, sí por las siete cuerdas de color—jarpistas mágicos y contrapunto estupendo!—que a todos nos brinda—a ustedes, amigos de América, y a nosotros—, algunas veces, el arco iris...



"MARINERO EN TIERRA"

POEMAS POR RAFAEL ALBERTI

Apenas se coge el libro de Alberti, ya huelen nuestras manos a la fragancia salitrosa del mar andaluz, de un mar utilitariamente belizado de luceros. Vamos hojeando sus páginas, con parsimoniosa fruición intelectual, y nos va entrando por cada una de ellas el aliento húmedo del mar inmediato y ancho. Cada poema asumirá entonces el adusto perfil, almenado y vigilante, de una vieja torreta de señales marítimas, desde cuyas aspilleras o tragaluces se vislumbrará, en el numeroso horizonte náutico del verso, el resplandor nocturno, desvelado sobre las aguas, de las luces lejanas de Cádiz. El viento irá, mientras tanto, trepando por los mástiles de la bahía, de falucho en falucho, empavesando de metáforas las cosas.

Después, ya en el meridio, rejonada la tarde casi verticalmente por el sol campero, jarro y zahareño de Andalucía, recalará en las dársenas un aire limpio, flamante, cefido a todas las velas, lleno de espejismos hábiles y sutiles para conseguir suscitar esos mensajes heliográficos de las lucas geometrizadas de las salinas de San Fernando, cuando dialogan todas entre sí transmitiéndose el boletín meteorológico del Observatorio.

Por las venas de Rafael Alberti—y por las arterias rítmicas de sus versos—fluye sangre italo-española—ya lo dice él en su soneto a Catalina de Alberti—sangre andaluza y partenopeica con gotas del zumo agri dulce que exprimieron en sus poemas las naranjas áureas de las Hespérides.

He aquí, en el libro de Alberti, las dos piernas del arco iris—el San Cristóbalón de los fugaces meteoros que es portador, a veces, sobre sus hombros pintarrañados en siete colores, de las nalgas rosadas del lucero del vespertino—; he aquí las dos piernas del arco iris que van chapuscándose de máximas frescas, entre los truenos rebotantes de las olas, una

de ellas hundida ya en el Mediterráneo—Nápoles—y la otra hundiéndose, rumorosamente, en el Atlántico: Cádiz...

Sobre estos poemas de Rafael Alberti—sobre sus aguas plisadas por la luna impaciente, el sol rezagado, y el viento inconstante—ha goteado el glu glu xilofónico de las primeras estrellas, salpicadas sus luces quizás de los últimos cangilones vesperales del iris...

Y todo esto sobre los anchos aguajes de las mareas altas de Santiago que se desesperan, voluptuosamente, por los esteros de la bahía de Cádiz, allí por aquella orilla

resumando azul de mar

donde Rafael Alberti, esperanzadamente, tiende a diario su red metafórica en las aguas, para extraerla después—a la débil luz verde, relampagueante, del faro, y bajo de los archipiélagos madreporicos de la Vía Láctea—repleta de medusas insomnes, de plateados peces voladores, y de luceros fosforescentes...



PROPÓSITO

No es criterio de "MEDIODIA" que la sección titulada *Neorama* siga especialmente una orientación bibliográfica o crítica; si hasta ahora se ha visto en el caso de presentar este aspecto exclusivamente, se debe a un deseo de corresponder a las expresiones críticas que ha merecido de quienes constituyen un valor para el sentir de sus redactores. "MEDIODIA" se satisface de haber seguido insinuaciones noblemente dirigidas, y de haber escuchado los más diversos juicios, favorables y desfavorables, aceptándolos todos para estímulo y rectificación. Sin embargo, fué proyecto desde un principio, que en los neoramas se diese preponderancia a todo reflejo de costumbrismo, de vida común, de arte ciudadano, en síntesis, al acontecimiento espiritual que no se encierre en la librería, la Exposición o el museo. Por falta de espacio, no ha podido cristalizar este propósito; pero en lo sucesivo ya dirigiremos nuestra atención hacia el paisaje, hacia el edificio, el dicho popular, el refrán, la copla... todo eso que puede ser un reportaje interesante y sutil; y aunque sea difícil deslindar las trascendencias vulgares de ciertos aspectos muy fronterizos con la gaceta, acometeremos el ensayo de armonizar las manifestaciones de arte no encuadrado con lo que se ofrece a la pública atención en formas de arte escolástico.



Mejías y Susillo, Impresores.-San Eloy, 8

Editores de esta Revista

NOTICIA DE REVISTAS

«Revista de Occidente»

Número 37

Madrid, Julio

Gerardo Diego, Max Weber, Rafael Alberti, V. García de Diego, Georg Kaiser, Américo Castro, Manuel G. Morente, E. Díez Canedo, Fernando Vela, Benjamín Jarnés, J. G. de la Serna Favre.

«Alfar»

Número 60 Coruña, Agosto-Septiembre

Mauricio Bacarisse, J. Deleito y Piñuela, Gerardo Diego, Marjan Paszkiewicz, Barradas, Manuel Abril, A. Oliver Belmás, Pierre Picón, Julio Superville, Max Aub, Guillermo Hall, José María Cosío, Antonio Porras, Julio J. Casal, Antonio Marichalar, Benjamín Jarnés, Adelina Carril, César A. Comet, Jesús Bal, Miguel Pérez Ferrero, Cardoza y Aragón, Guillermo de Torre.

«Residencia»

Número 1 Madrid, Enero-Abril

C. Levaditi, M. Romme, "Azorín", Ramón María Tenreiro, J. Moreno Villa, Juan Ramón Jiménez, Ricardo de Orueta, Ramón Gómez de la Serna, Manuel B. Cosío, Alvaro Alcalá Galiano, José Bergamín, José Giner, J. G., Juan Uña, W. Satakie, C. G. Bruce, J. B. Trend, Constancio Bernaldo de Quirós, Duque de Alba, G. K. Chesterton, Ramiro de Maeztu, Conde de Keyserling.

«Revista de las Españas»

Número 1 Madrid, Junio

R. Menéndez Pidal, Eugenio D'Ors, R. Rodríguez Mendoza, Constancio Bernaldo de Quirós, Marqués de Figueroa, J. A. de Sangroniz, Mario Méndez Bejarano, Lorenzo Luzuriaga, A. Fabras Ribas, Juan García Santillán, Pedro Sanz Mazuera, J. A. de S., M. de F., E. Giménez Caballero.

«Orientaciones»

Número 1 Madrid, Julio

F. Fariña, Julio Senador Gómez, Juan Gixé, Carlos Pereyra, Manuel Abril, Antonio Marichalar, J. O'Donnell, Gustavo Durán, Francisco Vera, Luis López Ballesteros, Edgar Neville, Armando Suárez Couto.

«La Verdad»

Suplemento literario. Número 57. Murcia, Agosto

Jorge Guillén, Luis Cernuda, Gerardo Diego, José Ballester, José María de Cosío, F. Martínez Corbalán, J. Rodríguez Cánovas.

«Oromana»

Número 21-22 Sevilla, Junio-Julio

Fernando de los Ríos, Pedro Ralda, A. Rodríguez de León, José María Monfort, Manuel Calvo Araujo, Fernando Riequet, Eloy Botello, Manuel Contreras Carrión, Diego Molleja Rueda, Antonio Guerra Ojeda, Amantina Cobos de Villalobos, Emilio Márquez, Alejandro Collantes de Terán, José Molleja, Enrique Real Magdaleno, R. González Sáenz, Hohenleiter, L. Contreras.

«Revista del Ateneo»

Número 25 Jerez de la Frontera, Agosto

Juan Luis Durán, José Michelotti, Ramón García de Angulo, "Conmenio", José Antonio Jaén, P. Naranjo, "Orangharbo", Diego F. Zazana, M. F., J. A. J.

« L U X »

COMPañÍA ANÓNIMA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Incendios * Paralización de trabajo * Cose-
chas * Transportes marítimos y terrestres *
Accidentes individuales * Responsabilidad civil

Capital: 2.000.000 de Pesetas

DOMICILIO SOCIAL: CALPE, 12 * BARCELONA

DELEGACIÓN EN SEVILLA: ALMIRANTE LOBO, 22

Société Française
d'Enseignement
de Séville

PLAZA DE ARGÜELLES, 12 Y 13

Escuela Francesa

CLASES PARA AMBOS SEXOS

DIRECTORES:

MR. ET MME. PAUL COURTEILLES

UNICOS PROFESORES

PUESTOS POR EL GOBIERNO FRANCÉS

A LA DISPOSICIÓN

DE LA ESCUELA FRANCESA

CONSULTORIO
MÉDICO * QUIRÚRGICO

~ DEL ~

Dr. Marcelino Agea
Lama

*

AMPARO NUM. 4

* SEVILLA *

LA GLORIA

NUEVA CONFITERÍA

* * Y PASTELERÍA * *

5 * ALCAICERÍA * 5

Dr. Agustín Sánchez Cid

ESPECIALISTA

EN ENFERMEDADES DE GARGANTA

NARIZ Y OÍDOS

JESÚS DEL GRAN PODER, 39
SEVILLA

Dr. Antonio Leal
Castaño

CIRUGÍA GENERAL

~ ~ Y NIÑOS ~ ~

Joaquín Costa núm. 38

Antonio Morán León

FÁBRICA DE ENVASES

* DE HOJA DE LATA *

75, Luis Montoto, 75
* Sevilla *

Obras de Manuel Halcón

«El hombre que espera»

«Los treinta años de una mujer»

EN PREPARACIÓN

«EL MAL MENOR»

* * * LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE EN TODAS LAS LIBRERÍAS * * *

LA TRINIDAD

FÁBRICA VIDRIO-CRISTALERA

Fernando Barón, S. en C.

Fabricación de Botellería
y frasería para licores, jarabes,
leche, aceite, perfumería, farmacia,
específicos, etc., y toda la diversi-
dad de artículos de medio cristal,
propios para Cafés, Restaurants,
~~~~ Bares, etc., etc. ~~~~

26, Avenida de Miraflores, 26

\* SEVILLA \*

# SELECCION DE LIBROS

Bernard Shaw.

LA OTRA ISLA DE JOHN BULL. — M. Aguilar. Madrid.

Oscar Wilde.

PLUMA, LAPIZ Y VENENO. — Biblioteca Nueva. Madrid.

Samuel Butler.

EREWTHON. — Sempere. Valencia.

Eugenio D'Ors.

GUILLERMO TELL. — Sempere. Valencia.

Eduardo Schwartz.

FIGURAS DEL MUNDO ANTIGUO. — "Revista de Occidente". Madrid.

Benjamín Jarnés.

EL PROFESOR INÚTIL. — "Colección Nova Novorum". "Revista de Occidente". Madrid.

Eloy Luis André.

ÉTICA ESPAÑOLA. — Rivadeneyra. Madrid.

J. Oliveira Martins.

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN IBÉRICA. — Mundo Latino. Madrid.

Sainte-Beuve.

MES POISONS. — Plon. París.

Paul Bourget.

LE DANSEUR MONDAIN. — Plon. París.

Henri de Régnier.

ESCAPADE. — Mercure de France. París.

Georges Duhamel.

LE PIERRE D'HOREB. — Mercure de France. París.

Jean Cocteau.

LE RAPPEL A L'ORDRE. Stock. París.

Henri de Montherlant.

LES BESTIAIRES. — Grasset. París.

André Maurois.

MEIPE. — Grasset. París.

Jean Giraudoux.

BELLA. — Grasset. París.

# Carbonell y C.<sup>a</sup>, S. en C.

## SEVILLA



Maderas ~

Aceites ~

Aceitunas ~

Cereales ~

Vinos de Montilla



Oficinas: HERNANDO COLÓN, 34



COLECCIÓN  
«MEDIODIA»

Primer volumen  
publicado

ALEJANDRO  
COLLANTES DE TERÁN



VERSOS

Primorosa edición  
en papel de hilo

Precio del ejemplar:  
2 pesetas

## NOVEDADES LITERARIAS

*Los Campesinos*, novela, por Ladislao Reymont, premio Nobel 1924 \* *La Mujer, el Torero y el Toro*, novela, por Alberto Insua \* *La locura de un Erudito*, novela-museo, por José Más \* *Altar Mayor*, novela, por Concha Espina \* *La Rosa de las Ruinas*, novela, por Víctor Margueritte \* *Tres ensayos sobre la vida sexual*, por Gregorio Marañón.

### Ediciones de la «Revista de Occidente»

*Vispera del Gozo*, por Pedro Salinas \* *La Filosofía actual*, por A. Messer. *El Mundo que nace*, por el Conde H. Keyserling \* *La esencia del Dinero*, por Federico Bendixen \* *Bases de la evolución psíquica*, por K. Koffka \* *Saotzé y el Taoísmo*, por Ricardo Wilhelm.

## Librería de Lorenzo Blanco

VILLEGAS, 5 (PLAZA DEL SALVADOR)

SEVILLA

